

EN EL EXPRESO, AL NORTE

Ray Bradbury

Fue en el Expreso Oriente que se dirigía al norte desde Venecia hasta Calais, pasando por París, donde la anciana advirtió la presencia de un fantasmagórico pasajero. Obviamente era un viajero que agonizaba por causa de alguna terrible enfermedad. Ocupaba el compartimiento 22 del tercer vagón contando desde atrás, se hacía servir la comida allí y sólo a la hora del crepúsculo se levantaba para sentarse en el coche comedor rodeado de luces eléctricas y el sonido de los cristales y las risas de las mujeres. El pasajero llegó esa noche, moviéndose con terrible lentitud, y se sentó al otro lado del corredor donde estaba esta mujer entrada en años, con su pecho como una fortaleza, la frente serena, los ojos con una amabilidad que se había ido endulzando con el tiempo. Al lado de aquella mujer había una maleta negra de médico y un termómetro metido en su masculino bolsillo-solapa.

La palidez de aquel hombre fantasmal hizo que su mano izquierda trepara hasta su bolsillo para palpar el termómetro.

—¡Dios mío! —susurró la señorita Minerva Halliday.

Pasó el jefe del comedor. Ella le tocó el hombro y señaló a aquel pasajero con un ademán.

—Discúlpeme, pero, ¿adónde se dirige ese pobre hombre?

—Calais y Londres, señora. Si Dios quiere.

Y se alejó de prisa.

Minerva Halliday, a quien ya se le había ido el apetito, observó aquel esqueleto hecho de nieve.

El hombre y la vajilla tendida sobre su mesa parecían una sola cosa. Los cuchillos, tenedores y cucharas canturreaban con un sonido frío de plata. Él escuchaba, fascinado, como si escuchara el sonido de su propia alma mientras la vajilla se arrastraba, se tocaba y repiqueteaba; un tintineo de otra esfera. Tenía las manos apoyadas sobre su falda como si fueran mascotas solitarias y cuando el tren se balanceó al compás de una curva abrupta, su cuerpo, negligente, se balanceó hacia un lado y hacia otro, tambaleándose... Cuando el tren tomó una curva más pronunciada se golpeó la vajilla de plata. Una mujer de una mesa lejana gritó mientras reía:

—¡No puedo creerlo!

A lo que un hombre respondió con otro grito y una risotada más fuerte:

—¡Yo tampoco!

Esta coincidencia hizo que el fantasmal pasajero sufriera un terrible derretimiento. La risa dubitativa había penetrado en sus oídos.

Era evidente que se encogía. Sus ojos se ahuecaban y casi se podía percibir un vapor frío saliendo de su boca.

La señorita Minerva Halliday, consternada, se inclinó hacia adelante, extendió una mano y se oyó decir:

—Yo sí creo.

El efecto fue instantáneo.

El fantasmal pasajero se irguió en su silla. El color regresó a sus blancas mejillas. Los ojos se le iluminaron con el rebrote del fuego. Su cabeza giró hacia el otro lado del

corredor y observó a esa mujer maravillosa que curaba con las palabras solamente. Curiosamente sonrojada, la vieja enfermera de pecho grande y cálido, sorprendida, se levantó y se marchó apresurada.

No pasaron cinco minutos cuando Minerva Halliday oyó al jefe de comedor que corría por el corredor, golpeando las puertas y susurrando. Cuando pasó por su puerta abierta, la miró.

—¿Es usted...?

—No —respondió adivinando—. No soy médico sino enfermera diplomada. ¿Es por el pobre hombre del coche comedor?

—¡Sí! ¡Sí! Por favor, señora, venga por acá.

Habían llevado al fantasmal viajero hasta su compartimiento.

Al llegar, Minerva Halliday espió hacia el interior.

Allí estaba desparramado el extraño hombre, con sus ojos marchitos cerrados, la boca como una herida sin sangrar, y la cabeza traqueteando al compás de los viajes del tren como único vestigio de vida.

«¡Dios mío! Está muerto», pensó.

—Lo llamaré si lo necesito —dijo en voz alta.

El jefe de comedor se fue.

La señorita Minerva Halliday cerró sigilosamente la puerta corrediza y se volvió para examinar al muerto, porque estaba segura que estaba muerto. Y sin embargo... Pero finalmente se atrevió a acercarse y a tocarle las muñecas por donde corría tanta agua helada. Se echó hacia atrás, como si sus dedos se hubiesen quemado con hielo seco. Luego se inclinó hacia adelante y susurró en la cara del hombre pálido:

—Escúcheme con atención, ¿sí?

Como respuesta, Minerva Halliday creyó oír el palpitir helado de un único latido de corazón.

—No sé cómo puedo adivinarlo. Sé quién es y de qué está enfermo...

El tren tomó una curva. La cabeza del hombre se inclinó como si su cuello estuviese roto.

—Le diré por qué agoniza —murmuró—. Agoniza por una enfermedad..., por la gente.

Los ojos del enfermo se abrieron de golpe, como si le hubiesen atravesado el corazón con una bala.

—La gente de este tren lo está matando. Esa es su enfermedad.

Algo parecido a una respiración se agitó detrás de la herida cerrada de la boca del hombre.

—Sssí...

Le tomó con fuerza la muñeca para buscarle el pulso:

—Usted viene de algún país del centro de Europa, ¿no? De algún lugar donde las noches son largas y donde la gente escucha cuando sopla el viento, ¿verdad? Pero ahora las cosas han cambiado y usted trata de escapar viajando, pero...

—El fantasmal pasajero se marchitó.

—¿C-cómo... lo... —susurró—, sabe...?

—Soy una enfermera especial con una memoria especial. Yo vi..., yo conocí a alguien como usted cuando tenía seis años...

—¿Lo vio? —exhaló el hombre pálido.

—En Irlanda, cerca de Kileshandra. En la casa de mi tío, que tenía cien años, llena de lluvias y brumas. Allí estaba caminando por el techo una noche y había ruidos en el corredor como si se hubiera desatado una tormenta y por fin esa sombra entró en mi habitación. Se sentó en mi cama y el frío de su cuerpo me dio frío. Recuerdo y estoy segura que no fue un sueño, porque la sombra que vino a sentarse a mi cama y habló en un susurro..., era muy parecida... a usted.

Con los ojos cerrados, desde lo más profundo de su alma ártica, el viejo enfermo languideció al preguntar:

—¿Y..., ¿quién..., qué..., soy yo?

—Usted no está enfermo. No se está muriendo... Usted es...

El silbato del Expreso Oriente aulló en la lejanía.

—... un fantasma —concluyó.

—¡Sssí! —exclamó.

Era un vasto grito de necesidad, reconocimiento y corroboración. Casi se yergue por completo.

—¡Sí!

Cuando de pronto entró un joven sacerdote, ansioso por cumplir con su deber. Los ojos brillantes, los labios húmedos, la mano aferrada a su crucifijo. Miró con detenimiento la figura derrumbada del fantasmal pasajero y preguntó:

—¿Puedo...?

—¿Darle la extremaunción? —El antiguo pasajero abrió un ojo como la tapa de una cajita de plata—. ¿Usted? No. —El ojo del pasajero se volvió hacia la enfermera—: ¡Ella!

—¡Señor! —exclamó el joven sacerdote.

Dio un paso atrás, tomó el crucifijo como si fuera la cuerda de un paracaídas, giró y se alejó apresuradamente.

Dejando a la vieja enfermera examinando a su cada vez más extraño paciente, que finalmente dijo:

—¿Cómo podrá ayudarme?

—Bueno —dijo con una risita modesta—. Debemos encontrar un modo.

Con otro aullido, el Expreso Oriente enfrentó nuevos kilómetros de noche, bruma y niebla y los atravesó con un alarido.

—¿Va a Calais? —preguntó Minerva Halliday.

—Más lejos, a Dover, Londres o quizás a un castillo en las afueras de Edimburgo donde pueda estar a salvo...

—Eso es casi imposible. —Bien pudo haberle disparado en el centro del corazón—. No. ¡No! Espere, espere —exclamó—. Quiero decir que es imposible sin mí. Viajaré con usted hasta Calais y Dover.

—Pero usted no me conoce.

—Es verdad, pero yo lo soñé de chica, mucho antes de haber conocido a alguien como usted, en las nieblas y lluvias de Irlanda. A los nueve años solía explorar los

páramos en busca del sabueso de Baskerville.

—Sí —respondió el pasajero fantasmal—. Usted es inglesa y los ingleses creen.

—Es cierto. Más que los norteamericanos que dudan. ¿Los franceses? ¡Unos cínicos! Los ingleses son los mejores. Casi no existe una vieja casa londinense que no tenga su triste señora niebla llorando antes del amanecer.

Cuando de pronto la puerta del compartimiento, sacudida por una larga curva en el camino, se abrió de par en par. Una embestida de charla ponzoñosa, de conversación delirante, de lo que sólo podía ser una risa irreligiosa entró inundándolos desde el corredor. El pasajero fantasmal se marchitó.

Levantándose de un salto, Minerva Halliday fue a cerrar la puerta y se volvió para observar a su compañero de viaje con la familiaridad de toda una vida de encuentros insomnes.

—Ahora —preguntó—, ¿quién es usted exactamente?

El pasajero fantasmal, viendo en su rostro el rostro de una triste pequeña que bien pudo haber conocido años atrás, le reseñó su vida:

—«Viví» en un lugar en las afueras de Viena durante doscientos años. Para sobrevivir a las amenazas de ateos y verdaderos creyentes tuve que esconderme en bibliotecas entre pilas de libros llenos de polvo para alimentarme de mitos y cuentos de terror. Viví orgías de pánico y terror a medianoche por los caballos que se desbocaban, los perros que ladraban y los gatos que catapultaban... migas sacudidas de las tapas de los féretros. A medida que pasaban los años, mis compatriotas del mundo invisible fueron desapareciendo uno tras otro mientras los castillos se derrumbaban o los nobles alquilaban sus jardines encantados a los clubes de mujeres o a empresarios hoteleros. Desalojados, nosotros, los fantasmales deambuladores del mundo nos sumergimos en el alquitrán, en las ciénagas y en los campos del descreimiento, duda, escarnio o simplemente burla. Como la población y la falta de fe se duplicaba día a día, todos mis amigos espectrales huyeron. Yo soy el último y aquí estoy tratando de cruzar Europa en tren para buscar la torre de un castillo seguro y bañado en lluvia, donde los hombres suelen asustarse como corresponde del hollín y del humo de las almas vagabundas. ¡Mi vida por Inglaterra y Escocia!

Su voz se volvió silencio.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Minerva finalmente.

—No tengo nombre —susurró—. Miles de nieblas han visitado a mi familia. Miles de lluvias han mojado mi tumba. Las marcas del cincel se borraron con la humedad, el agua y el sol. Mi nombre desapareció entre las flores, el pasto y el polvo de mármol. —Abrió los ojos—. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué quiere ayudarme?

Minerva sonrió cuando oyó la respuesta correcta escapándose por entre sus labios:

—Nunca en mi vida hice una travesura.

—¡Una travesura!

—Mi vida transcurrió como la de un búho relleno. No fui monja y sin embargo no me casé. Dedicada al cuidado de una madre inválida y un padre casi ciego, me consagué a los hospitales, las camas sepulcrales, los gritos nocturnos y los remedios que no huelen precisamente a perfume para los hombres. De modo que yo también tengo algo de fantasma, ¿no? Y ahora, esta noche, con mis sesenta y seis años, por fin encontré un

paciente magníficamente distinto, fresco, absolutamente nuevo. ¡Señor! ¡Qué desafío! ¡Qué carrera! Lo acompañaré para ayudarlo a ahuyentar a la gente del tren, a atravesar las multitudes de París, luego en el viaje por mar, a salir del tren, a subir al ferry. Será sin duda una...

—¡Una travesura! —exclamó el pasajero fantasmal, sacudido por espasmos de risa.

—¿Travesura? Sí, eso es. Pero —agregó Minerva Halliday—, en París, no comen a los que hacen travesuras aun cuando asan a los sacerdotes, ¿verdad?

Él cerró los ojos y murmuró:

—¿En París? Ah..., sí.

El tren aulló. La noche pasó.

Y llegaron a París.

En cuanto llegaron, un niño de no más de seis años pasó corriendo junto a ellos y se quedó paralizado de frío. Miró al pasajero fantasmal y el pasajero fantasmal le devolvió un recuerdo de témpanos de hielo antártico. El niño soltó un grito y huyó. La vieja enfermera abrió la puerta de golpe para observar lo que ocurría.

El niño le farfullaba a su padre en el otro extremo del corredor. El padre se abalanzó por el corredor a los gritos:

—¿Qué está pasando acá? ¿Quién se atrevió a asustar a mi...?

Se detuvo. Desde la puerta clavó la mirada en aquel pasajero fantasmal del Expreso Oriente, que en ese momento decidió frenar.

—... hijo —concluyó.

El pasajero fantasmal le devolvió una mirada serena con sus ojos gris niebla.

—Yo. —El francés dio un paso hacia atrás, mojándose los labios sin poder creerlo.

—¡Perdóneme! ¡Lo siento!

Y giró para salir corriendo, al tiempo que le daba un empujón a su hijo.

—Siempre haciendo lío. ¡Vamos!

Cerraron la puerta.

—¡París! —resonó un eco en el tren.

—Silencio y de prisa —recomendó Minerva Halliday mientras guiaba a su antiguo amigo a la plataforma plagada de malos humores y equipajes mal colocados.

—¡Me estoy derriendiendo! —exclamó el pasajero fantasmal.

—Se le pasará en el lugar adonde vamos ahora. —Sacó una canasta de picnic y corrió al milagro del último taxi que aguardaba.

Llegaron al cementerio Père Lachaise bajo un cielo tormentoso. El portón estaba cerrado. La enfermera hizo tintinear un puñado de francos. El portón se abrió.

Una vez adentro, deambularon en paz entre los diez mil monumentos. Había tanto mármol frío y tantas almas ocultas que la vieja enfermera sintió un repentino mareo, un dolor en la muñeca y un frío vertiginoso que le corría por el lado izquierdo del rostro. Meneó la cabeza en señal de rechazo. Y caminaron entre las lápidas.

—¿Dónde haremos el picnic? —preguntó.

—En cualquier lugar —replicó Minerva Halliday—. Pero, ¡cuidado! Porque este es un cementerio francés. Lleno de cínicos. Ejércitos de ególatras que quemaron a personas de fe y que al año siguiente fueron a su vez quemados en la hoguera por profesar su fe.

Por eso, escoja bien. Elija. —Caminaron. El pasajero fantasmal señaló un lugar.

—Esta primera lápida. Abajo: nada. Una muerte sin siquiera un susurro de tiempo. La segunda tumba: una mujer, una creyente reservada porque amaba a su marido y quería volver a verlo en la eternidad..., un murmullo de espíritu, el latir de un corazón. Mejor. Esta tercera tumba pertenece a un escritor de historias policiales que trabajaba para una revista francesa. Pero amaba las noches, la bruma, los castillos. Esta tumba tiene la temperatura ideal, como un buen vino. Sentémonos aquí, mientras usted decanta la champaña y esperamos hasta volver al tren.

Minerva Halliday le ofreció un vaso llena de felicidad.

—¿Puede beber?

—Puedo probar —lo aceptó—. Lo único que se puede hacer es probar.

El pasajero fantasmal casi «se muere» cuando dejaron París. Un grupo de intelectuales, recién salidos de sus seminarios sobre la «náusea» sartreana y los acalorados debates sobre Simone de Beauvoir, atravesó los corredores, dejando tras ellos un aire hirviente y vacío.

El pálido pasajero palideció aún más.

La segunda parada después de París, ¡otra invasión! Una ola de alemanes subió a bordo: su falta de fe en espíritus ancestrales, sus dudas acerca de la política se revelaban a viva voz. Algunos hasta llevaban libros titulados «¿Estuvo Dios alguna vez en nuestra patria?».

El fantasma del Expreso Oriente se hundió más en sus huesos radiográficos.

—¡Dios mío! —exclamó Minerva Halliday, corrió a su compartimiento de donde no tardó en volver y arrojó una cascada de libros variados.

—¡Hamlet! —exclamó—. Su padre, ¿no? Canción navideña. Cuatro fantasmas. Cumbres borrascosas. Kathy vuelve, ¿sí? ¿Para hechizar la nieve? Y Otra vuelta de tuerca y..., Rebecca! Y mi preferido..., La pata de mono. ¿Cuál?

Pero el fantasma del Expreso Oriente no pronunció una sola palabra del espectral Marley. Sus ojos estaban cerrados, la boca zurcida con carámbanos.

—¡Espere! —exclamó Minerva Halliday. Y abrió el primer libro...

Donde Hamlet, apoyado contra la pared del castillo, oyó el quejido del fantasma paterno, y entonces Minerva leyó las siguientes palabras:

«¡Está próxima la hora en que debo restituirme a las sulfúreas y torturantes llamas!»

Y luego leyó:

«Yo soy el alma de tu padre, condenada por cierto tiempo a andar errante de noche...»

Y otra vez:

«Si tuviste alguna vez amor a tu querido padre... ¡Oh Dios!... ¡Véngale de su infame y monstruoso asesinato...!»

Y nuevamente:

«...el más infame asesinato...»

Y el tren avanzaba en la noche mientras Minerva Halliday pronunciaba las últimas palabras del fantasma del padre de Hamlet:

«...Adiós...»

«...Adiós, adiós. Acuérdate de mí...»

Y Minerva repitió:

«...acuérdate de mí...»

Y el fantasma del Expreso Oriente tembló. Ella fingió no advertirlo, pero tomó otro libro:

«*Marley estaba muerto, para empezar...*»

Sus manos volaban como pájaros entre los libros.

«*Soy el Fantasma de la Navidad del Pasado...*»

Luego:

«*El Fantasma Rickshaw se deslizó desde la bruma y avanzó a tropezones por la niebla...*»

Y, ¿no se oía acaso un eco muy débil de cascos de caballo sonando detrás, dentro de la boca del fantasma del Expreso Oriente?

«*El latido incesante bajo los maderos del corazón del anciano*», siguió Minerva suavemente.

De repente, como un salto de rana, se oyó el primer pulso débil del corazón del fantasma del Expreso Oriente después de más de una hora.

Los alemanes aglomerados en el corredor dispararon una artillería de descreimiento. Pero ella se encargó de suministrar el remedio:

«*El sabueso ladró en el páramo...*»

Y el eco de ese ladrido, ese grito tan lejano, subió desde el alma de su compañero de viaje, gimiendo desde su garganta.

Mientras avanzaba la noche y la luna se alzaba en el cielo y una Mujer vestida de Blanco atravesaba el paisaje y la vieja enfermera hablaba y contaba y un murciélago que se convertía en lobo y luego en lagarto trepaba a la pared de la frente del pasajero fantasmal. Y por fin el tren se adormeció en silencio y Minerva Halliday dejó caer el último libro con el estruendo de un cuerpo que se desploma en el piso.

—Requiescat in pace —susurró el pasajero del Expreso Oriente; sus ojos, cerrados.

—Sí —asintió Minerva con una sonrisa—. Requiescat in pace. —Y durmieron.

Y por fin llegaron al mar.

Había niebla, que se convirtió en bruma, que se transformó en llovizna, como una lluvia de lágrimas que cae de un cielo infinito.

Esto logró que el pasajero fantasmal abriera y desengomara la boca, que murmurara palabras de gratitud por aquel cielo encantado y por aquella costa visitada por olas de fantasmas mientras el tren se deslizaba dentro de la estación, donde pronto tendría lugar una mudanza masiva; un tren atestado de gente convertido en un barco atestado de gente. El fantasma del Expreso Oriente se mantuvo apartado; la última figura de aquel tren auto-embujado.

—¡Un momento! —exclamó, con voz suave y lastimera—. ¡El barco! Ese barco no tiene ni un lugar donde poder ocultarme. Y, ¡la aduana!

Pero los vistas aduaneros apenas miraron el rostro pálido y nevado bajo la gorra y las orejas oscuras, y rápidamente le hicieron la señal a aquella alma glacial para que subiera al ferry.

Para sentirse rodeado de voces mudas, hombros indiferentes, multitudes que se empujaban mientras el barco se balanceaba y se mecía y la enfermera veía cómo los

frágiles trozos de hielo del pasajero se derretían una vez más.

Un grupo de chicos que andaba vociferando por ahí le dio la idea.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Y estuvo a punto de levantar y arrastrar al hombre de mimbre tras los chicos y chicas.

—No —clamó el antiguo pasajero—. ¡El ruido!

—Es un ruido especial. —La enfermera lo arrastró hacia una puerta—. ¡Es un remedio! ¡Por aquí!

El hombre miró perplejo a su alrededor.

—Pero esto es un salón de juegos —murmuró.

Ella lo guió hasta el centro mismo del griterío y las corridas.

—¡Niños! —gritó Minerva Halliday.

Los niños se detuvieron congelados.

—Llegó la hora de contar cuentos!

Estaban a punto de comenzar a correr otra vez cuando Minerva agregó:

—¡Cuentos de fantasmas!

Señaló como por casualidad al pasajero fantasmal, cuyos pálidos dedos de polilla sujetaron la bufanda que rodeaba su garganta helada.

—¡Todos sentados! —gritó la enfermera.

Los chicos cayeron a plomo en el suelo. Alrededor del pasajero del Expreso Oriente, como indios rodeando una tienda, todos observaron aquella figura por donde las ventiscas silbaban extrañas temperaturas en su boca jadeante.

El pasajero flaqueó. Minerva Halliday se apresuró a decir:

—Ustedes creen en los fantasmas, ¿no es verdad?

—Sí —resonó el grito unánime—. ¡Sí!

Fue como si una baqueta hubiese atravesado su columna vertebral. El pasajero del Expreso Oriente se irguió. En sus ojos destellaron los brillos inflexibles más quebradizos. Rosas invernales florecieron en sus mejillas. Y cuanto más se inclinaban los niños expectantes, más alto se erguía y más cálida era su expresión. Con un dedo glacial señaló el rostro de los niños.

—Yo... —susurró—. Yo... —una pausa—, les voy a contar un cuento de terror. Acerca de un fantasma de verdad.

—Sí. ¡Viva! —exclamaron los chicos.

Y comenzó a hablar y a medida que la fiebre de su lengua conjuraba sapos, atraía la bruma e invitaba a la lluvia, los chicos se abrazaban y se acercaban unos a los otros, una cama de alquitrán sobre la que el pasajero antiguo podía recostarse feliz. Y mientras él hablaba, la enfermera Halliday, apoyada contra la puerta, veía lo que él veía al otro lado del mar encantado, los acantilados fantasmales, los acantilados de tiza, los seguros acantilados de Dover y no muy lejos, a la espera, las torres susurrantes, las profundidades de los castillos murmurantes, donde los fantasmas eran como siempre lo habían sido en los serenos altillos expectantes. Al contemplar aquello, la vieja enfermera sintió que su mano subía por la solapa del bolsillo en busca del termómetro. Sintió su propio pulso. Una breve oscuridad le nubló los ojos.

De pronto uno de los chicos dijo:

—¿Y usted quién es?

Juntando su mortaja de hilos de telaraña, el pasajero fantasmal aguzó su imaginación y respondió.

El silbato del ferry que anunciaba la llegada interrumpió el largo relato de cuentos de medianoche. Los padres inundaron el lugar para recuperar a sus hijos olvidados y alejarlos del caballero del Expreso Oriente de ojos fantasmales cuya boca delirante los hacía temblar cuando susurraba y susurraba hasta que el ferry empujó la dársena y el último niño fue arrastrado, bajo protesta. Sólo quedaron el viejo y la enfermera en el salón de juegos y el ferry dejó de temblar sus deliciosos temblores, como si hubiese escuchado, oído y disfrutado los cuentos de medianoche.

En la explanada, el viajero del Expreso Oriente dijo, en tono enérgico.

—Ya no necesito ayuda para bajar. ¡Cuidado!

Y avanzó por la plancha. Y aun cuando los niños habían sido un tónico que le permitió recuperar el color, la altura y las cuerdas vocales, cuanto más se acercaba a Inglaterra, más firme era su paso y cuando por fin tocó la dársena, una pequeña y feliz explosión de sonido irrumpió de sus labios delgados y la enfermera, atrás, no frunció más el entrecejo y dejó que corriera hacia el tren.

Al verlo correr como un niño, no pudo más que quedarse henchida de alegría y algo más que alegría. Él corrió y el corazón de Minerva Halliday corrió con él. De pronto Minerva Halliday sintió una puñalada de sorprendente dolor y como si una tapa de oscuridad la golpeará y desvaneciera.

En su prisa, el pasajero fantasmal no advirtió que la vieja enfermera no estaba a su lado ni a sus espaldas; tan feliz corría.

Al llegar al tren se sujetó jadeante del picaporte del compartimiento. Sólo entonces sintió la ausencia y se dio vuelta.

Minerva Halliday no estaba.

Pero un instante después llegó, más pálida que antes, pero con una sonrisa increíblemente radiante. Minerva Halliday trastabilló y casi se cae. Esta vez fue él quien la ayudó.

—Querida señora —dijo—, ha sido usted tan gentil.

—Pero... —replicó Minerva serena, mirándolo, esperando que él la viera de verdad —, no vine a despedirme.

—¿Cómo...?

—Seguiré con usted —contestó.

—Pero..., ¿y sus planes?

—Cambiaron. Ahora tengo otro lugar adonde ir.

Giró la cabeza y miró por encima de sus hombros.

En el muelle, una multitud se aglomeraba rápidamente para observar el cuerpo de alguien que yacía sobre los tablones de madera. Hubo un murmullo de voces y alguien gritó. Se repitió la palabra «médico» varias veces.

El pasajero fantasmal observó a Minerva Halliday.

Luego miró a la multitud y al objeto causante de la alarma general: un termómetro

roto descansaba entre los pies de la multitud. Volvió a mirar a Minerva Halliday, que seguía contemplando el termómetro roto.

—Mi queridísima compañera —dijo por fin el pasajero—. ¡Vamos!

Ella lo miró a los ojos.

—¿Travesuras?

—Travesuras —asintió él.

Y la ayudó a subir al tren, que no tardó en dar una sacudida acompañada por un estrépito y se alejó sibilante por las vías hacia Londres y Edimburgo y los páramos y los castillos y las noches oscuras y la eternidad.

—¿Quién era? —preguntó el pasajero fantasmal mirando hacia atrás a la multitud reunida en el muelle.

—¡Ay, Señor! —contestó la enfermera—. Nunca lo supe realmente. Y el tren se marchó. Las vías demoraron veinte segundos exactos en dejar de temblar.